

BOLÍVAR: LA GLORIA DE UN GENERAL

JEAN CARLOS DU BOULAY



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

COLECCIÓN
entradaLIBRE
serie abre el



Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Diseño de la colección
Carlos Zerpa

Fotografías del montaje de la obra
Nicola Rocco

Edición: José Zambrano
Corrección: Xoralys Alva
Diagramación: Carina Falcone

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018000889
ISBN 978-980-14-4180-9



BOLÍVAR: LA GLORIA DE UN GENERAL

Jean Carlos Du Boulay

COLECCIÓN ENTRADA LIBRE

Teatro no es solo representación, detrás de la máscara sabemos que hay un grito, la magia del desdoblamiento, el paso real seguido del paso en falso, la pupila dilatada bajo el párpado cerrado. El ser humano en su afán de manifestarse se ha procurado los más delicados medios y tratando de encontrarse a sí mismo se ha vestido de otros. La colección **Entrada Libre** es el anfiteatro donde caben todos los espectadores del mundo, aquí confluyen desde los más representativos dramaturgos de todos los tiempos hasta los que han sido soslayados por la academia. El espacio de las tablas no está limitado, esta colección brinda a través de sus cuatro series un boleto de acceso a quien desee ser tribuna de las más diversas funciones. La serie **clásicos** se viste de gala y expone a los autores que han marcado la historia de la dramaturgia, ofrece una línea sólida y completa de las obras que son pilar del teatro universal; **contemporáneos** presenta los dramaturgos que a partir del siglo XIX han sorprendido al público más crítico y han propuesto diferentes perspectivas al mundo teatral; **abre el telón** es la serie que concentra su luz en los escritores que nunca habían sido iluminados y muestra sus obras en estreno, dejando de esta manera butacas reservadas a la sorpresa y la novedad. La última serie **teoría y crítica** puede considerarse el proscenio de la colección, pues en ella está concentrada la mirada más enfática de los críticos y teóricos del teatro de diferentes épocas. Esta colección es pues una Entrada Libre al maravilloso mundo de las tablas.

BOLÍVAR: LA GLORIA DE UN GENERAL

Jean Carlos Du Boulay

A todas aquellas personas que hicieron posible la

realización de esta obra,

en especial a mis tres columnas:

Natasha, Victoria y Nicole.

SINOPSIS

En esta obra encontraremos a un Bolívar más humano, quien va narrando, en compañía de su servidor más fiel, José Palacios, los sucesos más importantes que marcaron su vida y la historia. De igual manera encontraremos a Manuela Sáenz como huella imborrable en la vida de nuestro Libertador.

En esta propuesta, también se resalta la grandeza de un hombre que pese a estar muy cerca de la muerte y la conciencia de las condiciones en que ello ocurriría, aún le subsisten fuerzas para esperanzarse con las pequeñas e ingenuas victorias de sus aliados, quienes, como él, se resisten a ver derrumbado el sueño de conformar un solo país llamado América; empresa en la cual, y según sus propias palabras, jamás había mostrado contradicciones o dudas.

Considera el autor los días finales del Libertador para meditar sobre lo efímero de la

gloria y el poder. Examina la condición humana de un hombre que saboreó la sensación de inmortalidad, recibió todos los honores y luego fue abandonado, ingrata e injustamente abandonado.

En efecto y para tomar como ejemplo de los tantos que ofrece esta obra: Francisco de Paula Santander, principal enemigo de Bolívar, o Casandro, como le decía él, y quien representando la aristocracia criolla dirigía la fracción separatista por evidentes intereses personales, solo tuvo que esperar la muerte de aquel para retornar jubiloso del exilio al que Bolívar lo había condenado previa conmutación de la pena de muerte, por habérsele comprobado su participación directa en el intento de asesinato cuando era presidente por elección legal que le hiciera el Congreso.

PERSONAJES

Bolívar
José Palacios
Francisco de Miranda
Manuelita
Sucre

Participaciones especiales

Militar de alto rango americano
Capitán americano
Conspirador 1
Conspirador 2
Mujer 1
Mujer 2

PRÓLOGO

En el despacho de un MILITAR DE ALTO RANGO AMERICANO.

MILITAR DE ALTO RANGO AMERICANO: Capitán, aborde el *Grampus* para interceptar el *Manuel*, donde viaja el general Bolívar, entréguele esta carta en sus manos y escóltelo a Santa Marta.

CAPITÁN AMERICANO: Así se hará, voy a preparar el *Grampus* para el viaje.

MILITAR DE ALTO RANGO AMERICANO: Capitán, no permita preguntas, es una orden.

El capitán hace un gesto de entendimiento de la orden y salen ambos de la escena. Entra música.

ESCENA 1

A simple vista, una habitación a oscuras, entra un hombre que va encendiendo los candelabros de la habitación, es José Palacios*, el servidor más antiguo de* Bolívar*; enseguida coloca la bacía de espuma en el mármol del tocador y el estuche de terciopelo rojo con los instrumentos de afeitarse, todos de metal dorado. Pone la palmatoria con la vela en una repisa cerca del espejo, de modo que el general tenga bastante luz. Mientras transcurren las acciones* Palacios *habla para sí mismo a manera de recuerdo.*

José Palacios *(Hablando para sí):* Cada vez que encuentro al general flotando en las aguas medicinales de la bañera me llevo tal susto. Con esos ojazos abiertos como si se hubiese ahogado. Tal es el susto que me llevo, que siempre se me olvida que esa es una de las tantas maneras que mi señor tiene de meditar. Ante un éxtasis tan sobrenatural no me atreví sino a llamarlo con

mucha sutileza: General… general… El general pegó un brinco y despertó de ese hechizo en que se encontraba, se levantó con tal fuerza, que no era de esperarse de un cuerpo tan desgastado, del susto casi echo al suelo el pocillo con la infusión de amapolas con goma que tenía en la mano.

Palacios *se dirige hacia el cuarto de baño para llevarle al general los implementos de afeitar y un candelabro; vuelve a la habitación.*

El general toma la navaja y se afeita dominándola con la mano derecha y con la izquierda con igual destreza con la que domina su espada libertadora, pues admirablemente es ambidiestro natural y no es menos asombroso cómo domina su pulso… El mismo pulso con el que no podía sostener la taza que le acabo de servir. Todas las madrugadas oficializa la misma misa de limpieza: los pelos de las orejas y nariz se los arranca a tirones limpios, se corta las uñas, los dientes se

los pule con polvillo de carbón y se frota mucha agua de colonia en todo el cuerpo, con tal fuerza que queda agotado, como tratando de purificarse. Esto me recuerda una madrugada de hace unos meses atrás, que lo hacía con más detalle, cuidando a toda costa la pulcritud y que todo quedara en su lugar. Y cómo no tener ese ánimo si la última visita que recibió la noche anterior fue la de Manuela Sáenz, su adorada Manuelita, la aguerrida quiteña que lo ama tanto o más que él a ella; ella como siempre, se queda con el encargo de mantener al general bien informado de lo que sucediera en su ausencia, y es que ya él no confiaba en más nadie, sino en Manuela, le dejó a su cuidado unas joyas, reliquias, libros y sus archivos personales, nada de eso tenía más valor que el solo hecho de pertenecer al Libertador. En su breve despedida del día anterior, él le decía: “Mucho te amo, pero más te amaré si ahora tienes más juicio que nunca”. Manuela lo entendió como uno de los

tantos homenajes que él acostumbraba a rendirle en ocho años de amores, pues esta despedida estaba ya anunciando un viaje del que no se sabía si tendría retorno; pero de todos los conocidos por el general, ella era la única que tenía por lo menos un motivo para esperar que volviera.

Siguen las acciones en el cuarto a medida que Palacios *va relatando.*

Ellos no tenían en mente volverse a ver antes del viaje, pero la dueña de la casa, doña Amalia, les dio el regalo e hizo entrar a Manuela a la casa por los establos, vestida de jineta, ocultándose un poco de la comunidad local, no por evitar que se sepa de sus amores, pues sus amores eran escandalosamente públicos, pero sí para evitar manchar el buen nombre de la casa con los chismes de los beatos de la comunidad. Él fue aún más atrevido, pidiéndome que no cerrara la puerta del salón pegado al cuarto, por donde pasaba la

servidumbre obligatoriamente y jugaban baraja los edecanes.

Manuela le leyó durante horas. Ella con una juventud ya dejada, fumaba cachimba de marinero, al igual que los militares, se perfumaba con agua de verbena, andaba entre soldados y se vestía como hombre, pero con todo eso y la afonía de su voz, ella seguía siendo buena para el amor… Pues logró domar el corazón del general.

Recuerdo que aquella noche, en plena lectura, repentinamente se escuchaba el ladrido de los perros alborotados por las carcajadas de los hombres. Él abrió los ojos enseguida y ella le dijo que no se sobresaltara, que eran sus amigos. Él respondió diciendo que no tenía amigos y que los pocos que le quedaban de seguro no lo serían por mucho tiempo. Manuela lo interrumpió replicándole con tono firme, pues están ahí afuera, velando para que no lo maten.

Así fue como el Libertador supo que varios atentados se estaban cuajando en su

contra y que sus últimos simpatizantes estaban a los alrededores de la casa para protegerlo.

Bolívar *(Desde el cuarto de baño aún sin salir):* José, vámonos, que aquí ya nadie nos quiere.

José Palacios: Pero, general, si acabamos de llegar. *(Para sí mismo, a manera de pensamiento)* Se lo he oído decir tantas veces que ya no sé cuándo es cierto.

Bolívar: Aquí tampoco se escuchan los perros ni los gallos cantar. Es que aquí no hay nada vivo, no hay nada que nos aturda más que mi voz.

José Palacios: No, general, aquí no hay ni un gallito que cante.

Bolívar *(Saliendo del cuarto de baño):* No hay nada, mi querido José. No hay nada… *(Se sienta en la hamaca ya con un ánimo más sereno)* Ese agite me dejó la garganta seca.

José Palacios: Voy por algo para esa sed, general, con su permiso.

Bolívar *(Reflexivo):* José Palacios, quién diría que este tarajallo, hombre aguerrido, estaría

tanto tiempo a mi lado, 38 años, acompañándome en mis destierros, en las batallas



en primera línea; en las malas, en las buenas y en las peores circunstancias, padece mis dolores y desengaños. Siempre se negó a aprender a leer y escribir porque, según él, no hay mayor sabiduría que la del burro, pero a despecho de ello, el condenado posee una memoria tan grande que le permite recordar mis frases y los nombres de mis amigos y enemigos que acostumbro recitar todas las mañanas… *(Sonriente)* Sí, hay que tener buena memoria para recordar todo eso. Se

negaba a llevar uniforme o título militar alguno, aunque fue investido dos veces como sargento *(Con mucha gracia),* pero el muy sinvergüenza es conocido por poseer el guardarropa más costoso y surtido del séquito… Jajajaja.

Se topa con un baúl antiguo de viaje, lo abre y saca libros y otras pertenencias que le traen recuerdos.

Montesquieu, Diderot y D'Alembert, Rousseau y Voltaire, estos autores y otros filósofos indudablemente contribuyeron a formar el germen cultural y social de la Revolución francesa. Muchas de estas obras y los clásicos griegos, que conservé durante toda mi vida, me acompañaron durante mis viajes y fueron mis guías ayudando a ordenar y construir mis ideas políticas.

(Lee una dedicatoria en uno de los libros de Simón Rodríguez) Mi maestro, Simón Rodríguez… Como recuerdo de mi llegada a

Roma, ese agosto de 1805 en el Monte Sacro, la más pequeña de las siete colinas romanas en donde le juré a mi maestro. ¿Conque este es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector; Antonio renuncia a los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz, sin proyectos de reforma; Sila degüella a sus compatriotas; y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Este pueblo ha dado para todo: severidad para los viejos tiempos, austeridad para la República, depravación para los emperadores, valor para conquistar al mundo. La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus fases, ha hecho ver todos

sus elementos; mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse en el Nuevo Mundo.

"¡Juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!" Solo tenía 22 años y hacía poco más de un año que me había iniciado en la masonería. *(Saca del baúl un mandil de aprendiz y un libro. Lee la portada)* "Los altos grados de la masonería", impreso en 1774, un buen regalo que Humboldt me dio en mi primer viaje a Europa, gracias a este libro me interesé en ingresar en los augustos misterios de la masonería, de donde adopté esos principios que siempre me acompañan y hacen eco en mi conciencia: libertad, igualdad

y fraternidad *(Breve pausa y saca del baúl unas hojas con apuntes).*

Y cómo no acordarme del joven Bello, quien me enseñó bellas letras y geografía... *(Transición)* Pero en dónde estará Palacios, ojalá me traiga tisana. *(Cierra el baúl y lee una inscripción que dice...)*

(Voz en off): "Querido hermano Bolívar, este baúl es un pequeño recuerdo de mis viajes, está cargado de emociones de guerra, de libertad, de amor. Dale buen uso. Recibe de mí un triple abrazo fraternal."

Francisco de Miranda

Francisco de Miranda *(Entra en escena):* Conserva este baúl y recuerda: tenemos que luchar por la libertad de Venezuela y no solo la de Venezuela, tenemos que luchar por la libertad de Colombia, la Gran Colombia, la libertad del pueblo, ese pueblo que pide libertad y justicia. Y si la oligarquía y la aristocracia se oponen como siempre, lucharemos para detenerlos.

Bolívar *(Asombrado y emocionado por el verbo encendido de* Miranda*):* La Gran Colombia. No podemos vacilar, porque si lo hacemos, perdemos y el pueblo nos habrá perdido, llegó la hora de poner la piedra fundamental de la libertad.

Francisco de Miranda: Debemos declarar la República y redactar una Constitución inmediatamente. *(Se abrazan fraternalmente).*

Bolívar: *(Fuera de la escena con* Francisco de Miranda*)* Don Sebastián Francisco Miranda y Rodríguez, sin duda alguna "el más universal de los americanos" porque "llevaba en el alma el fuego sagrado de la libertad", así lo afirmaba Bonaparte. También hizo buen uso de este símbolo y se convirtió en el precursor de la masonería de América. El buen mozo, como lo llamaban algunas de sus conquistas, treinta y tres años mayor que yo y a quien le debo mi primera experiencia de guerra, cuando combatí en Valencia bajo sus órdenes en 1811. *(Recordándolo)*

Francisco de Miranda, el general con el fuego sagrado en el alma, pero cometió un error que lo llevaría a la cárcel y luego a la muerte.

(Voz en off. Van a otra escena Bolívar *y* Miranda*):* General Miranda, está usted arrestado.

Francisco de Miranda: ¿Qué es esta vaina? ¿Quién me traiciona? ¿Quién? ¿Bolívar? ¿Qué significa esto? ¿Me estás traicionando?

Bolívar: ¿Por qué capitulaste con Monteverde, con el enemigo?

Francisco de Miranda: Lo hice porque pensé que era un hombre de honor, Bolívar. En Cartagena podemos armar un ejército y recuperar Venezuela.

(Voces en off): Bolívar no le creas, no le creas.

Francisco de Miranda: Bochinche, bochinche y más bochinche. *(A* Bolívar*)* ¿Qué creías que podía hacer? Resistir sin un Ejército y sin municiones era condenar a venezolanos a morir en manos de

otros venezolanos, era enviarlos a una masacre de manos de sus hermanos.

Bolívar: Tenías que resistir a toda costa, no podías entregar a Venezuela a manos de ese asesino sin garantía alguna, por Dios. ¿Qué hiciste Miranda?

Francisco de Miranda: El honor era y será siempre mi garantía, te repito que pensé que Monteverde era un hombre de honor. Él me hizo ver que aceptaría mis términos y condiciones. Mírame bien, te juro por la fraternidad que nos une, que les hice firmar que se respetaría la vida de los insurrectos, que sus bienes serían salvaguardados y que no serían perseguidos ellos ni sus familias por posturas políticas algunas. Monteverde firmó ese acuerdo y aceptó mis condiciones, Venezuela tiene que ser libre. Yo no puedo traicionar aquello por lo que he luchado toda mi vida, tú lo sabes muy bien, tú sabes muy bien que Francisco de Miranda no es ni será jamás un traidor, pero sí te digo

algo, Bolívar, Venezuela jamás tendrá una república mientras la rija un hombre así.

(Voces en off): Es un traidor, Bolívar, no lo escuches, hay que fusilarlo. ¡Fusilemos a Miranda!

Bolívar: ¡No! Nooo… Aquí no se va fusilar a nadie, hay tiempo para pensar, mañana decidiremos. *(Fuera de escena)* No pude hacer nada por Miranda, traté de defenderlo, hasta lo justifiqué, pero el marqués lo acusó y lo desmintió; Monteverde no respetó la capitulación y violó todas sus promesas, llenó las cárceles de patriotas e implantó una cruel tiranía sobre las ruinas de la República. Y un tiempo después, yo desde el Occidente y Santiago Mariño desde el Oriente, simultáneamente acometimos la liberación de Venezuela. Nada fue en vano, seguimos luchando por sus ideales. Francisco de Miranda dejó un fuego encendido en nuestra sangre, un fuego que nunca cesará porque año tras año y siglo tras siglo el pueblo no se resignará a doblegarse ante una oligarquía egoísta.

José Palacios *(Entra cuidadosamente para no derramar la tisana):* Le traje tisana, general.

Bolívar *(Toma la tisana y se la bebe de cinco sorbos ardientes):* Ash… Por poco me ampollo la lengua.

José Palacios *(Ordenando la habitación):*



¿Cómo que estábamos buscando recuerdos?

Bolívar: Yo diría ordenando los recuerdos y sacudiendo el polvo.

José Palacios: Bueno, con un amplio recorrido de más de cinco millones de kilómetros cuadrados, o digamos que fueron veintitrés países de Europa o quizás el doble de lo que alcanzó Napoleón y me atrevo a decir que con peores dificultades. Con más de setenta batallas libertadoras, ganando batallas a los conquistadores como: Boyacá, Carabobo, Bombona, Nueva Granada, Venezuela, Ecuador; y hasta la victoria del mariscal Sucre en Ayacucho, en el sur de Perú. Estoy seguro de que nunca se había peleado con tanta fuerza por la libertad, teniendo siempre a la muerte como un riesgo sin remedio, pero luchando en la línea del peligro, sin sufrir ni un rasguño, y moviéndose en medio del ataque con cierta serenidad que hasta sus oficiales decían que usted se creía invulnerable, y cómo no pensarlo ni decirlo si había salido ileso de cuantos atentados se urdieron en su contra, y en varios salvó la vida porque no estaba durmiendo en su cama. “Nada es alcanzable

a la actividad de este caudillo", como dijo Morillo *(Señalándolo)*.

BOLÍVAR *(Con un tono pasivo):* ¡Yo valdría algo si me hubiesen alabado menos!

JOSÉ PALACIOS: Eso es lo que lo hace más grande, su humildad.

BOLÍVAR: ¿Humildad? En menos de un minuto nombraste muchas batallas y kilómetros vencidos por mí, pero a pesar de tu buena memoria, se te olvidó decir algo.

JOSÉ PALACIOS: Sí. En verdad estoy nombrando menos de la mitad. Si hago un esfuerzo, puedo decir mucho más y ampliarme en detalles.

BOLÍVAR: No, Palacios, se te olvidó decir que en todas esas batallas de gloria, en tantos kilómetros recorridos y muchas más, estabas tú en primera fila conmigo; con tu manual francés de remedios caseros que llevabas a todas partes como un oráculo para entender y curar cualquier trastorno de este desmadrado cuerpo y su alma; así que ya sabemos de quién aprendí esa humildad que tanto pregonas que poseo.

José Palacios *(Sonríe en señas de agradecimiento y recoge del suelo una caja de madera pequeña):* Estas yuntas de hilo de oro.

Bolívar *(Lo interrumpe):* Sí, eran de Napoleón Bonaparte. A ver, sacudamos el polvo de esas yuntas. ¿Qué es lo primero que se te viene al verlas?

José Palacios: El Congreso de Angostura.

Bolívar: Así es, las usé el día en que aproveché el momento de debilidad de una España sometida a la autoridad de Bonaparte para montar en Angostura, no la capital de una República que no existía, sino un teatro de operaciones para anunciarle al mundo la existencia de un proceso revolucionario para liberar al continente del dominio español, y redacté la Constitución de la Tercera República al instalar el Congreso Constituyente. (*En el proscenio, con cenital, se ve trasladado al lugar del relato)* Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta. (*Se escucha el clamor*

del pueblo que celebraba las palabras del Padre de la Patria) Tendremos un sistema de gobierno participativo sustentado en la soberanía del pueblo. Las virtudes y la educación serán las bases de la República y no solo ampliaré la participación popular, sino que les delegaré a ustedes, ciudadanos, el gobierno popular a través del Poder Moral y el Poder Electoral. Poco importa la organización política, con tal de que la civil sea perfecta.

Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar, bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad.

El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política. (*Continúa el clamor del pueblo).*

Moral y luces son nuestras primeras necesidades. Un pueblo ignorante es el instrumento ciego de su propia destrucción. (*Palabras finales de* Bolívar *empuñando su espada. Más emotivas)* El Congreso de Venezuela está instalado: en él reside desde este momento la soberanía nacional; mi espada y la de mis ínclitos compañeros de armas están siempre prontas a sostener su augusta autoridad. ¡Viva el Congreso de Venezuela!

Se escucha nuevamente el clamor del pueblo esta vez con más fuerza y entre un coro de aplausos y griterías se escucha: ¡Viva el Congreso de Venezuela! ¡Viva el Congreso de Venezuela! ¡Viva el Congreso de Venezuela!

José Palacios *(Vuelve a la escena):* Ese día sepultó vivos a sus enemigos.

Bolívar: Sí, pero sus rencores aumentaban y fraguaban atentados en mi contra. Mientras la revolución recorría el mundo, la

oligarquía se empeñaba en detenerla, pues ellos querían seguir teniendo el poder.

José Palacios: Como cuando La Florida se declaró independiente en 1817, gracias a un contingente de 150 patriotas venezolanos que desembarcaron y ocuparon la isla Amelia de la costa, de posesión española, y proclamaron la República de La Florida, con capital en el pequeño puerto de Fernandina, alzando el pabellón tricolor de su Ejército Libertador.

Bolívar: Formando así a Venezuela como República. Siempre estuve consciente del peligro que significan los Estados Unidos para los pueblos libres del mundo, incluso advertí que el golpe contra la integración de Hispanoamérica fue invitarlos al Congreso de Panamá: era como invitar al gato a la fiesta de ratones, y se lo hice saber a Patricio Campbell en una carta: Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia a plagar la América de miseria a nombre de la libertad.

José Palacios: Tanto para los americanos del norte como para muchos otros, el verdadero peligro para sus intereses personales lleva el nombre de Bolívar, y por eso no cesaban los atentados en su contra, como el intento de magnicidio aquel 25 de septiembre de 1828.

Bolívar: Que advirtió Manuela, la bella, y me salvó, mi Manuelita… Si yo soy el Libertador, tú eres la Libertadora del Libertador.

Voz en off de la carta de Manuela.

Muy señor mío…

Tengo a la mano todas las pistas que me han guiado a serias conclusiones de la bajeza en que ha incurrido Santander, y los otros, en prepararle a usted un atentado. Horror de los horrores, usted no me escucha; piensa que solo soy mujer. Pues sepa usted que sí, además de mis celos, mi patriotismo y mi grande amor por usted, está la

vigilia que guardo sobre su persona, que me es tan grata para mí.

Le ruego, le imploro, no dé usted la oportunidad, pues han conjurado al golpe de las doce, ¡asesinarlo! De no escucharme, usted me verá hacer hasta lo indebido por salvarlo.

MANUELA

Se dramatiza la escena de aquel atentado.

Una reunión social a media noche, en una fiesta de máscaras en la que se encuentra BOLÍVAR. *Entra* MANUELA SÁENZ, *vestida de hombre, formando un pequeño escándalo para forzar a* BOLÍVAR *a salir de la fiesta, y este, para evitar un escándalo mayor, se va del lugar en compañía de ella.*

MANUELITA *(En voz alta para que todos la escuchen):* Les pido disculpas por no usar antifaz, pero así soy yo. ¡Bailemos!

Bolívar: ¿Qué pasa, Manuela? ¿Esto es un ataque de celos?

Manuelita: ¡Bailemos! ¡Bailemos!

Bolívar: Vámonos de aquí. *(Llegan a la habitación)* Creo entender su alarmada entrada, Manuelita, estamos en medio de una posible rebelión.

Manuelita: Enhorabuena, puede haber hasta diez, pero usted no da buena acogida a los avisos.

Bolívar: Solo creo en los presagios; no tenga cuidado, parece que a los rebeldes se les enfrió la pajarilla.



(Se sienta entristecido en la hamaca y se recuesta. Manuela *lo atiende tratando de que concilie el sueño. Al poco tiempo se escuchan los ladridos de los perros de la casa y algunos ruidos extraños, razón por la que ella despierta a* Bolívar*).*

Manuelita: ¡Despiértese y vístase, que sucede algo raro en la parte de abajo!

Bolívar *(Ya vestido con pistola en la mano, está alarmado y se dirige a la puerta con intenciones de abrirla):* ¡Que venga quien quiera, aquí estoy yo, carajos!

Manuelita *(Se oyen voces cada vez más subidas de tono):* No es el momento, vamos a saltar por la ventana, que la calle está despejada. ¡Bolívar, salta!

(Hace que Bolívar *se escape mientras se escuchan golpes en la puerta y gritos de que abran la puerta. Como* Manuelita *no la abre, los conjurados la derriban y gritan a todo pulmón: "¿Dónde está Bolívar?").*

El Libertador está en la sala del Consejo, reunido con sus amigos.

CONSPIRADOR 1: ¿Y por qué la ventana está abierta?

MANUELITA: La abrí para ver qué eran esos escándalos que se escuchaban en la calle. *(Fuma un cigarro carretero de los más ordinarios para despistar el olor del agua de colonia del Libertador).*

CONSPIRADOR 2: ¿Y por qué la hamaca está tibia? ¿Quién reposaba allí?

MANUELITA: Vean, idiotas, yo soy la única en esta habitación y era yo la que estaba reposando mientras ustedes irrumpen en esta casa. Ah, y está tibia porque me recosté desnuda, ahora si quieren, mátenme a mí.

CONSPIRADOR 1: Te voy a llenar la bocaza de plomo. *(La amenaza con la pistola).*

CONSPIRADOR 2: ¡No! No vinimos a matar mujeres, larguémonos de aquí.

CONSPIRADOR 1: Sí, larguémonos. *(A MANUELA)* De esta te salvaste.

Termina la escena y todos salen. Luego entran Bolívar *y* José Palacios.

José Palacios: Y el tribunal, presidido por el general Rafael Urdaneta, estableció que el general Santander era el genio oculto tras esa conspiración, por lo que lo condenó a muerte.

Bolívar: ¡Casandro! Ese gran carajo fue el principal, pero el más dichoso, porque mi generosidad lo defendió para aquel momento, en pleno uso de mis atribuciones le conmuté la pena de muerte por la del destierro en París.

José Palacios: Y de eso y más fue advertido. Cuando llegó a sus oídos de los efectos del odio y rivalidad que Santander profesa a usted, es a usted a quien él dirige sus tiros para sacarle de la escena, pero usted rechaza sus golpes con un desdén generoso que conviene poco con un enemigo ambicioso, cruel y cuyo carácter lo forman la codicia y la venganza. Santander no perdona medio para desacreditarlo

dentro y fuera de Colombia; se ha valido de la calumnia porque no halla en su conducta acciones que censurar; Santander es un enemigo muy temible; todas las arterías de Maquiavelo están en su cabeza y todos los crímenes de la Edad Media están en su corazón, en su alma están todos los procedimientos de los Borgia por su conocida afición a los brebajes y venenos, los utiliza para obtener poder y librarse de quienes se interpongan a sus designios.

BOLÍVAR *(Indignado):* Como le aconsejé moderación y que dominara su carácter… Que no le convenía seguir escribiendo panfletos y anónimos porque eso no era propio de uno de los primeros magistrados de la República. Ya no sabía cómo hacerlo entender, ¿pero cómo hacerlo? Si la codicia nubla su conciencia.

JOSÉ PALACIOS: Pues además de cínico y malvado es hipócrita porque siguió con esa manía y con la fiel necesidad de quitar

todo lo que le estorbe a su paso... No le importa nada, ni nadie.

Bolívar *(Cita):* "La ingratitud es el peor de los vicios, y cuando se ejerce por puro placer aumenta sus grados de maldad", eso le escribió Sucre a Santander. Y esto, por supuesto, lo ofendía terriblemente, por ver en él otro serio enemigo de sus ambiciones, y sabía muy bien que tenía que ponerse muy en guardia con Sucre, con quien toda desconfianza y prudencia no sería suficiente.

¡Sucre! No podía imaginarme nadie mejor que él para que me sucediera en la presidencia de la República.

Escena de Bolívar *y* Sucre. *El Libertador toma por el brazo al mariscal* Antonio José de Sucre.

Bolívar: Usted se queda conmigo *(Obligándolo a sentarse en su sillón personal)*. Siéntese, ese lugar es ya más suyo que mío. Escúcheme muy bien, en breves días había de reunirse el Congreso Constituyente

para elegir al presidente de la República y aprobar una nueva Constitución, en una tentativa tardía de salvar el sueño dorado de la integridad continental. El Perú, en poder de una aristocracia regresiva, parecía irrecuperable. El general Andrés de Santa Cruz se llevaba a Bolivia de cabestro por un rumbo propio. Venezuela, bajo el imperio del general José Antonio Páez, acababa de proclamar su autonomía. El general Juan José Flores, prefecto general del sur, había unido Guayaquil y Quito para crear la República Independiente del Ecuador. La República de Colombia, primer embrión de una patria inmensa y unánime, estaba reducida al antiguo Virreinato de la Nueva Granada. Dieciséis millones de americanos iniciados apenas en la vida libre quedaban al albedrío de sus caudillos locales. En suma, todo lo que hemos hecho con las manos lo están desbaratando los otros con los pies, y eso no lo podemos permitir.

Sucre: Bolívar, eso es una burla del destino.

Bolívar: No repita las canalladas del enemigo.

Sucre: Disculpe, general, tiene usted toda la razón.

Bolívar: Es usted inteligente, ordenado y tímido a la vez, ha sido héroe en Pichincha, en Tumusla, en Tarqui, y apenas cumplidos los veintinueve años comandó la gloriosa batalla de Ayacucho, liquidando el último reducto español en la América del Sur. Renunció a todos sus cargos y se le ha visto sin ínfulas militares de ninguna clase. Entonces, necesito a alguien con esas dotes para que me suceda en la presidencia de la República. Yo sé que le faltan cinco años para la edad reglamentaria y esto gracias a una limitación constitucional que impuso Urdaneta para cerrarle el paso, pero estoy haciendo las diligencias necesarias para enmendar eso. Acepte usted y yo me quedaré como generalísimo, dando vueltas alrededor del gobierno.

SUCRE: Yo estoy demasiado cansado para trabajar sin brújula. Además, su excelencia sabe tan bien como yo que aquí no hará falta un presidente, sino un domador de insurrecciones. Asistiría al Congreso constituyente, por supuesto, e incluso aceptaría el honor de presidirlo si me fuera ofrecido; pero nada más. Catorce años de guerras me han enseñado que no hay victoria mayor que la de estar vivo. Para el día de San Antonio, debo estar en Quito con mi esposa doña Mariana Carcelén y mi pequeña hija de seis meses, no solo para celebrar con ellas esta fecha, sino por todo lo que nos depara el porvenir. Pues desde Navidad estoy decidido a vivir para ellas y solo para ellas. Es todo cuanto le pido a la vida. De modo que no, excelencia.

BOLÍVAR: Yo pensaba que ya no podía sorprenderme de nada. ¿Es su última palabra?

SUCRE: Es la penúltima, la última es mi eterna gratitud por las bondades de su excelencia.

BOLÍVAR: Bueno, usted acaba de tomar por mí la decisión final.

De vuelta a la escena con José Palacios.

Bolívar: Esa misma noche redacté mi renuncia *(Cita):* "El gran poder existe en la fuerza irresistible del amor." *(Suspiro)* ¿Quién dijo eso?



José Palacios: Nadie.

Bolívar: Entonces lo dije yo, pero digamos que es del mariscal Sucre.

José Palacios: ¿Quién diría que luego encontraría al gran mariscal asesinado en Barruecos?

Bolívar: ¿Quién diría?, sé muy bien quién diría y haría también. Le pedí a mi sobrino Fernando que de inmediato le enviara una carta a Sucre para que se trasladase por mar si iba a Quito, y por nada del mundo lo hiciera por los caminos de montaña, porque allí los pastusos se mueven a sus anchas. Nosotros sabíamos muy bien que allá no lo querían; o mejor dicho, lo querían, pero muerto. Sucre era muy terco con eso de las advertencias, aunque esa carta no llegó con el tiempo suficiente para advertirle.

Su muerte me conmovió profundamente, la bala que mató a Sucre mató la Gran Colombia y acabó con mi vida. El mariscal Sucre es el padre de Ayacucho, es el redentor de los hijos del sol, es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro al imperio de los incas. La posteridad mostrará a Sucre con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Cápac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada. Para tu gloria lo

tienes todo ya, lo que te falta solo a Dios corresponde dártelo. Cuando me dieron la noticia al pie del cerro de la Popa, me invadió el recuerdo de aquel bote volteado en los rápidos del Orinoco en donde vi a un oficial desconocido que nadaba hacia la orilla. Después supe que existía un general llamado Antonio José de Sucre, desde ese entonces mantuvimos una gran amistad.

José Palacios: Y en su compañía fue como conoció a su amada Manuela.

Bolívar: Eso fue en Quito el 16 de junio de 1822, en la Plaza Mayor llovían flores para felicitar al Ejército republicano… cómo olvidar ese día.

(Se escuchan voces en off): ¡Viva Simón Bolívar! ¡¡Viva!!

Bolívar: Desde un balcón, una bella joven arrojó una corona de laurel con tan certera puntería que me dio en la frente.

Se trasladan a la escena, se escuchan valses de fondo.

Bolívar *(A Manuela):* ¿Es usted la señora Thorne, la de la buena puntería? *(Sobándose la frente).*

Manuelita: Sí, le presento mis disculpas por lo de esta mañana, general Bolívar. Pero no me llame señora Thorne. Soy Manuela Sáenz. O si prefiere, Manuelita.

Bolívar: Mi estimada señora, sí, es usted la bella dama que ha incendiado mi corazón al tocar mi frente y mi pecho con su corona. Si todos mis soldados tuvieran esa puntería, yo habría ganado todas las batallas. Encantado, verdaderamente… encantado. *(Se escucha al fondo un vals).* ¿Me concede este vals?

Manuelita: ¿Cómo decirle que no a tan glorioso caballero?

Manuela *y* Bolívar *bailan valses, se van enamorando con las miradas.*

Bolívar: Señora, insisto en que usted ha tocado hoy justo en mi corazón. Su belleza es el mejor regalo que un héroe

puede recibir, pues su encantamiento se halla en su agradable vivacidad. Es forzoso entonces que yo manifieste a usted el motivo real de mi alegría. Me encuentro fascinado de usted por no decir enamorado. De usted y de la Caballeresa del Sol. Quién hubiera sabido que en esta ciudad se encontraba precisamente la poseedora del crisol donde debo fraguar mis sentimientos. Su arrobadora belleza hace que cualquier hombre transgreda los más caros principios de la fidelidad y del respeto. Permítame usted que yo, su humilde admirador, haga uso de esa maravillosa transgresión.

Termina el baile y se escuchan aplausos de los invitados.

Bolívar *(A José Palacios):* Me cautivó con el fuego de su mirada y esa pasión enjaulada que le brotaba por la piel mientras bailábamos aquella noche.

José Palacios: Y la pasión fue tal que se unió a su Ejército Libertador. Para que luego le diera el grado de coronela. Las damas de la buena sociedad de Lima cerraban las ventanas para no verla pasar entre la soldadesca.

(Se escuchan voces en off).

Mujer 1: ¡Mira a esa marimacha con ínfulas!
Mujer 2 : ¡El colmo! ¡Una mujer en el Ejército y metiéndose en política!
Bolívar: Viejas envidiosas. Manuelita es mi gran amor, y no sé si tú eres más testigo que ella de eso, pero sí amo hasta sus arranques y locuras… Locuras que a veces eran responsables de mis dolores de cabeza. Hasta me ha hecho encontrar un modo distinto de escribirle. Me dijo en una de sus cartas que no le gustaban mis cartas, porque escribo con unas letrazas grandotas. Entonces le envié otra carta: "Ahora verás lo chiquitico que te escribo para complacerte. ¿No ves cuántas locuras

me haces cometer para complacerte?” Esa es Manuela…

Se escriben cartas.

Bolívar: Cuartel General en Guaranda a 3 de julio de 1822.
A la distinguida dama, Sra. Manuela Sáenz.
Apreciada Manuelita:
Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como tú, todo me lo ha dado. Antes no hubo ilusión, no porque no te amara, Manuela, y es tiempo que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro.
No esquivo tus llamados, que me son caros a mis deseos y a mi pasión. Solo reflexiono y te doy tiempo a ti, pues tus palabras me obligan a regresar a ti; porque sé que esta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente.



Solo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse. Me he burlado de la muerte muchas veces, y esta me acecha delirante a cada paso.

Qué debo brindarte: ¿un encuentro vivo acaso? Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás, querida amiga, quién es Bolívar al que tú admiras. No podría mentirte. ¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti, lo sabes.

Dame tiempo.

Bolívar

Manuelita:

A Su Excelencia:

General Simón Bolívar,

A más de encontrarme condenada por mis parientes en Quito, la suerte al revés en mi matrimonio (siempre supe desde el principio que sería así), usted me incomoda con el comportamiento de usted, de sus sentimientos que son desprendidos de toda realidad.

¿Dice usted que me piensa, me ama, me idolatra?

¿Cree usted que este destino cruel puede ser justo? ¡No! ¡Mil veces no! ¿Quiere usted la separación por su propia determinación o por los auspicios de lo que usted llama honor? La eternidad que nos separa solo es la ceguera de su determinación de usted, que no lo ve más. Arránquese usted, si quiere, su corazón de usted, pero el mío ¡No! Lo tengo vivo para usted, que sí lo es para mí toda mi adoración, por encima de todos los prejuicios.

Tocan a la puerta y el general se alarma, tomando su espada.

Bolívar: ¿Quién es? Santo y seña.

José Palacios: Voy a ver quién es, general… *(A Bolívar)* El coronel Joaquín de Mier le manda a decir que están llegando el escribano notario Catalino Noguera y los generales Montilla, Silva y el Dr. Reverend.

Bolívar: ¿Testamento? ¡Carajos! ¿No les había hecho saber que no? No tengo nada que dejarle a nadie. Escúchame bien, mi querido Palacios, tuyos serán ocho mil pesos de lo que aún me queda, no es una fortuna, pero es un dinero apreciable.

José Palacios: No, señor, le suplico que cambie de opinión, nada deseo de ese dinero, siempre hemos sido pobres y nada nos ha faltado.

Bolívar: La verdad es la contraria, siempre hemos sido ricos y nada nos ha sobrado, ese dinero es para ti y es irrevocable e irrenunciable. Es lo justo.

José Palacios: No, mi general, lo justo es morirnos juntos.

Bolívar: Pero el destino no lo quiere así, ahora déjame solo y dile a don Joaquín que estoy preparado para recibirlos y que deseo hablarle al pueblo.

Palacios *sale y* Bolívar *le dice antes de salir: "José, gracias".* Palacios *se sonríe con él y sale a cumplir su orden.*

ESCENA 2

En el centro del escenario, en una silla a espaldas de los espectadores hay una mujer sentada peinándose, es Manuelita. *Entran dos mujeres corriendo desorientadas porque no alcanzan a verla.*

Manuelita: ¿Qué pasa?, ¿por qué vienen con tanto apuro? Aquí estoy.

Mujer 1: Le acaba de llegar una carta.

Manuelita: Es del general Bolívar. ¡Pronto! Entrégamela, que solo yo entiendo esas letrazas tan grandes.

Mujer 2: No, la carta es de Louis Perú de Lacroix.

Manuelita *(Entristecida):* Si es así, entonces, dime qué dice.

Mujer 1: Mi respetada y desgraciada señora: He prometido escribir a usted y hablarle con verdad para cumplir con este encargo y empezar por darle la más fatal noticia.

Llegué a Santa Marta el día 12, y al mismo momento me fui para la hacienda de San Pedrol, donde se halla el Libertador. Su Excelencia estaba ya en un estado cruel y peligroso de enfermedad, pues desde el día 10 había hecho el testamento y dado una proclama a los pueblos, en la que se está despidiendo para el sepulcro.
Permanecí en San Pedro hasta el día 16, que me marché para esta ciudad, dejando a Su Excelencia…

Manuela le arranca la carta a la mujer. El silencio se hace eterno ante la evidente tristeza y el llanto fuerte de Manuelita.

Mujer 2: Señora…
Manuelita: No digan nada, lo sé, mi Bolívar ha muerto. Lo siento así en el aire. Ahora déjenme sola. *(Desgarrada del dolor)* ¡Que me dejen sola he dicho!

Luego en el mercado del centro de Bogotá, se sube a una caja de madera a pronunciar unas palabras.

MANUELITA: Desde aquí, en el mercado del centro de Bogotá, quiero decir: Que abandonen los santanderistas toda esperanza, porque el Libertador es inmortal. Nunca morirá aunque lo quemen. Y si así fuera, todo el mundo erigiría al Libertador en su santo; hasta yo, si fuera tan floja que le sobreviviera, haría de él mi santo; la desesperación de su muerte me llevaría a hacer toda clase de temeridades, su temple y amor a la patria lo hacen inmortal en nuestros corazones. Sus libros, cartas y recuerdos me desesperan, mis allegados insisten en que debo mantenerme en el propósito de no volver a mirar esas cosas. Según ellos me hacen mucho daño, y hasta les creo. Simón quiso que yo las tuviera, y son mías, muy mías y se irán conmigo a la tumba. Así lo he dicho

muchas veces a tales señores que vienen de visita, aquí a husmear lo que sé.

La historia no se cuenta, ¡se hace!

Un amigo muy querido me preguntó qué había sido yo para el Libertador: ¿una amiga? Lo fui con veneración, con mi vida misma. ¿Una amante? Él lo merecía y yo lo deseaba con más ardor, ansiedad y descaro que cualquier mujer que adore a un hombre como él. ¿Una compañera? Yo estaba más cerca de él, apoyaba sus ideales y decisiones y desvelos, más, mucho más que sus oficiales y sus raudos lanceros.

Difícil me sería significar por qué me jugué la vida unas diez veces. ¿Por la patria libre? ¿Por Simón? ¿Por la gloria? ¿Por mí misma? Por todo y por darle al Libertador más valor del que yo misma tenía. Él vivía en otro siglo fuera del suyo. Sí, él no era del diez y nueve. Sí, él no hizo otra cosa que dar; vivía en otro mundo muy fuera del suyo. No hizo nada, nada para él.

Así que si me vuelven a decir que no mire más sus cosas, que lo eche al olvido, ¡qué se vayan al diablo cuando vuelvan!

Él no ha muerto, en nuestros corazones está sembrada la gloria de un general llamado Bolívar. ¡Qué viva el Libertador, carajo!

Entra música para dar inicio a la escena de Bolívar *hablándole al pueblo.*

Bolívar: ¡Colombianos!, habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para liberarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales. ¡Colombianos!, mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

¡Sí, al sepulcro! Es lo que me han proporcionado mis conciudadanos, pero les perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos.

Especial rojo sobre Bolívar. *Música.*

FIN



ÍNDICE

Edición digital
Mayo de 2018
Caracas, Venezuela



abre el telón

JEAN CARLOS DU BOULAY (Caracas, 1979)
Actualmente vive en Ottaway Canadá, y ha desempeñado diversos cargos diplomáticos. Ingeniero en Sistemas, publicista, profesional en el medio artístico como productor cultural, fundó en el 2005 el Grupo Actoral Contratipo y llevó a la escena distintas obras teatrales de la dramaturgia contemporánea. En el año 2009, decide dar a conocer su faceta como dramaturgo con *Bolívar: la gloria de un general*. Al año siguiente escribe y estrena la obra *19 de Abril… El ejemplo que Caracas dio*. Ambas han sido montadas en Venezuela y La Habana, Cuba.

Bolívar: la gloria de un general es una obra donde veremos al Libertador en sus días finales. Es una meditación sobre lo efímero de la gloria y el poder. Examina la condición humana de un hombre que saboreó la sensación de inmortalidad, recibió todos los honores y luego fue abandonado. En ella, el autor nos narra los hechos más importantes de la vida de Bolívar y su relación con las personas que le rodearon. Se resalta aquí la grandeza de un hombre que, pese a estar muy cerca de la muerte y consciente de las condiciones en que ello ocurriría, aún tiene fuerzas para esperanzarse con las pequeñas victorias de sus aliados, quienes, como él, se resisten a ver derrumbado el sueño de conformar un solo país llamado América; empresa sobre la cual, y según sus propias palabras, jamás había mostrado contradicciones o dudas.



Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura